

Del Villar Tagle, María Soledad. *Las asistentes sociales de la Vicaría de la Solidaridad: una historia profesional (1973-1983)*. Santiago de Chile: Universidad Alberto Hurtado, 2018, 271 pp.

La historiadora Soledad del Villar abre una nueva ventana para conocer la historia de las luchas por los derechos humanos durante los regímenes autoritarios latinoamericanos del siglo XX. La autora se aproxima a la Vicaría de la Solidaridad, organización fundada por el arzobispado de Santiago de Chile para responder al terrorismo de Estado perpetuado por la dictadura de Augusto Pinochet. Aun cuando este tema ha sido bastante estudiado, Del Villar demuestra que todavía hay mucho por explorar.

El libro examina la acción social de la Vicaría en el periodo entre 1973 y 1983 a través de los testimonios de sus asistentes sociales. El objetivo es reconstruir la historia de este colectivo profesional predominantemente femenino a partir de un enfoque teórico-metodológico centrado en la «acción profesional». Tal planteamiento analiza los relatos de estas profesionales sobre su quehacer, prestando atención a los factores que configuraron sus identidades y prácticas en un tiempo y espacio determinado. De tal manera, la fuente oral posibilita un mejor entendimiento del proceso histórico de la Vicaría, pues revela las dinámicas internas, las tensiones con el régimen militar y los debates sobre sus líneas de acción.

De acuerdo con Del Villar, para las asistentes sociales, la interrupción del orden democrático chileno en 1973 significó un «trauma en la memoria profesional del período» (25). Varias de estas mujeres se habían formado o ejercido la profesión durante los gobiernos del socialcristiano Eduardo Frei Montalva (1964-1970) y del socialista Salvador Allende (1970-1973), quienes expandieron las estructuras gubernamentales dedicadas a la asistencia social. En paralelo, tal contexto favoreció una «reconceptualización» del trabajo social que orientó la disciplina hacia un contacto estrecho con las ciencias sociales, la crítica de las causas estructurales de las desigualdades y la concientización política de los sectores

populares. La dictadura truncó estos procesos y significó el despido y la persecución de las asistentes vinculadas al proyecto allendista.

En consecuencia, su llegada a la Vicaría estuvo relacionada con el cierre de oportunidades. En Chile, como en otros casos latinoamericanos, las iglesias fueron los únicos actores sociales con posibilidad de reaccionar a la situación de violencia de Estado y canalizar la ayuda de las redes de cooperación internacional. No obstante, lo que inicialmente fue un «refugio» se convirtió en un laboratorio para repensar los enfoques del trabajo social desde las necesidades de un nuevo contexto sociopolítico. Así, se vieron forzadas a retornar a métodos considerados trasnochados, como la atención de casos individuales o la distribución de donaciones, y emplearlos como plataformas para articular acciones colectivas y de crítica estructural. Además, sin dejar de exigir al Estado que asumiese su responsabilidad, prescindieron en la práctica de su apoyo, «poniendo énfasis en la solución comunitaria y autogestionada de los problemas identificados por las propias víctimas y pobladores» (39). Es decir, resignificaron su acción profesional como activismo público en un escenario de autoritarismo y represión política, y se insertaron en redes religiosas y sociales ya existentes para viabilizar su trabajo. El resultado fue la recomposición de un discurso técnico-profesional permeado por convicciones éticas, políticas y religiosas, que contribuyó a consolidar el proyecto de la Vicaría, responder al quiebre del tejido social y alentar el retorno a la democracia.

El libro se organiza en dos secciones. La primera está dedicada al Comité Pro Paz, colectivo ecuménico que, entre 1973 y 1975, organizó las primeras respuestas ante la emergencia y la represión. La segunda y la más extensa analiza el trabajo de la Vicaría de la Solidaridad, que dio continuidad a las acciones del Comité luego de que este fuera cerrado por presión de la dictadura. Lo que aparece en la transición entre ambas estructuras es la conclusión de que, en tanto el régimen militar pretendía perpetuarse, había necesidad de generar programas más estables y profesionales. En este trayecto, Del Villar explica la evolución de esta organización en dos campos de acción: 1) la asesoría legal y asistencial a las víctimas de la represión estatal y 2) las acciones de soporte social ante

la precarización de la vida de los pobres urbanos de Santiago. El análisis integra los testimonios de estas mujeres con los eventos históricos y la memoria institucional de la Vicaría, ofreciendo cifras que muestran el alcance de este trabajo y las transformaciones en los programas.

Del Villar resalta el rol de las asistentes sociales como generadoras de espacios de contención emocional para las víctimas y sus familiares, que fueron la base para el trabajo de asesoría jurídica y denuncia pública de las violaciones a los derechos humanos. Adicionalmente, la mirada de la autora alcanza un aspecto menos conocido del proyecto de la Vicaría: los programas en los barrios urbano-marginales de Santiago. Las asistentes sociales contribuyeron en la formación de equipos técnico-pastorales que, en coordinación con parroquias y comunidades cristianas, buscaban formar, respaldar y potenciar las organizaciones de base enfocadas en la supervivencia. Un abanico amplio de iniciativas de asistencia humanitaria se ubicaba en un horizonte que, sin desatender la necesidad material, aspiraba a recuperar los vínculos sociales y generar espacios de resistencia ciudadana alternativos a los partidos políticos y la organización vecinal-sindical que habían sido duramente golpeados por la represión militar. Quizás el mejor ejemplo fueron los talleres de arpilleras, que sirvieron para que las mujeres involucradas expresasen sus experiencias de la violencia y generasen recursos económicos. Adicionalmente, debido a la circulación de sus tejidos en el extranjero, las arpilleras fueron claves en ganar apoyo de la comunidad internacional para presionar al régimen militar.

En este tema, hay un punto comparativo con el Perú de las décadas de 1970 y 1980, donde las ONG promovidas por la Iglesia católica también apelaron a la idea de transformar las iniciativas de subsistencia, como los comedores populares, en organizaciones autogestionarias y plataformas de participación política popular. En tal sentido, contrastar el caso chileno con otras experiencias latinoamericanas hubiese podido enriquecer la propuesta de Del Villar.

En otro plano, la memoria de las asistentes sociales devela los conflictos en torno a la labor de la Vicaría. Por un lado, con el Estado hubo una disputa respecto a los sentidos de la política social. Mientras el régimen

dictatorial la empleó como un mecanismo para despolitizar a los sectores populares y resocializarlos en los valores neoliberales, la Vicaría promovió organizaciones productivas, no solo motivadas económicamente, sino también por necesidades de comunicación, encuentro, crecimiento personal y expresión pública. De tal manera, como lo explica Del Villar, la Vicaría fue percibida como un pequeño estado actuando en paralelo, en competencia con el Estado controlado por los militares.

Una segunda tensión estuvo relacionada con la naturaleza de la Vicaría como obra de la Iglesia católica. Los equipos profesionales de la Vicaría fueron una bisagra entre la institución eclesiástica y sectores progresistas; pero ese vínculo no estuvo exento de confrontaciones, pues el arzobispado requirió que los esfuerzos no se restringieran a una oficina de profesionales, sino que involucrasen a toda la acción pastoral de la Iglesia, especialmente a las parroquias populares. Así, en las coordinaciones con sacerdotes y agentes pastorales, las asistentes sociales se encontraron con algunos que resistieron los programas por considerarlos como «demasiado seculares» en tanto no incluían un anuncio explícito del mensaje cristiano.

Un tema que aparece tangencialmente es que la Vicaría articuló y propagó una teología de la solidaridad para legitimar su catolicidad y participar en el debate público. Si bien no es el foco de la investigación, es un punto interesante que de profundizarse arrojaría luces sobre las conexiones entre religión, espacio público y activismo ciudadano en Chile. En todo caso, el mérito de Del Villar es reconocer el aporte de un colectivo de mujeres profesionales en la reconstrucción del tejido social quebrado por la dictadura. Y al hacerlo alienta a continuar la necesaria recuperación de las memorias de la lucha por los derechos humanos en América Latina y más allá de ella.

Juan Miguel Espinoza Portocarrero
Boston College